

ABRIL 2022

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 12



POSTRADO A TUS PIES
Soneto a Cristo Crucificado

EVANGELIO, PAN DE VIDA
Semana Santa, semana del Amor

ALMAS EUCARÍSTICAS
César Bisognin

“En la Eucaristía, comprendemos la desmesura del deseo de hacernos bien del Amor de Dios que nos persigue”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
La Última Cena..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Soneto a Cristo Crucificado..... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
Misterio de Fe..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
Semana Santa, semana del Amor..... 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
La noche de Getsemaní..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
Aparición de Jesús resucitado a su Madre..... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
César Bisognin..... 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
San Antonio de Padua y la mula..... 14

La Última Cena

«**L**a Última Cena, en la noche del Jueves Santo, es el Testamento de Jesús. Y ¿qué es lo que nos lega Jesús? La Eucaristía».

«Tiene Jesús a la vista su muerte. Era inminente. Reúne a sus apóstoles para cenar con ellos “y estando con ellos comiendo, tomando un pan y habiendo pronunciado la bendición, lo partió y se lo dio a ellos y dijo: Tomad, éste es mi cuerpo...” (Mc 14, 22) “... que por vosotros es entregado; haced esto en memoria de mí” (Lc 22, 19). Fue una cena testamentaria, una cena de despedida en la que Jesús legó toda su hacienda a su Iglesia.

La Eucaristía es el tope extremo al que llegó y en el que cristalizó entre nosotros el amor de Dios a mí. La Eucaristía expresa la cumbre del amor. La Eucaristía es la cristalización entre nosotros y para nosotros del don infinito de Dios en el Calvario. “Y habiéndolos amado, los amó hasta el fin” esta frase es

hecha real y tangible para nosotros en la Eucaristía.

La Última Cena es una “comunión de mesa”. La comunión de mesa entre los judíos era la comunión mayor: la participación total, la comunicación total de todo lo mío. En la comunión de mesa ya no hay exclusión. Por eso escandalizaban tanto las comuniones de mesa de Jesús: Jesús comía con los pecadores notorios, partía el pan con el detritus de su tiempo, con el marginado más total. A nadie excluía. Así expresaba Jesús el meollo de su mensaje. Su núcleo, su médula, su raíz.

La Última Cena es anticipación del banquete eterno a la mesa de Dios.

La muerte de Jesús, la encerrada en la Última Cena, la represen-

tada por la Santa Misa es muerte vicaria: es toda ella por mí y para mí. Jesús da su vida para rescatar la mía. Vida por vida. Con eso me dice que me aprecia, que me cotiza tanto como a sí mismo.

Palabra clave en la Última Cena: por ti, por mí. Jesús sabe que es el siervo dócil de mí, el todo disponible a favor mío.

En la Última Cena, el pan deja de ser pan para pasar a ser yo; el vino deja de ser vino para pasar a ser calor y fuerza mía. El pan todo él para darme ser; el vino todo él para darme fuerza. Así Jesús todo él, entero, íntegro para mí.

El pan es triturado por los dientes, no protesta; es macerado en el estómago, no resiste; es absorbido en el tubo digestivo, no se opone; es conducido a mi servicio a través del torrente sanguíneo, no se solivianta. Así Jesús todo Él entero, íntegro para mí.

La Última Cena simboliza, significa participación, comunión, simbiosis, comunidad de vida: Dios y yo formamos desde ya una comunidad vital, una unión, una única vida en participación».

(De una predicación del P. Molina)



SONETO A CRISTO

Crucificado

Vienes Santo, el día del amor más grande, día en que Cristo se entrega por nosotros. Nuestro Salvador está elevado sobre la Cruz dando toda su vida, gota a gota, por nosotros, por nuestra salvación. Nos postramos a sus pies y le rezamos este acto de amor y de contrición:

“No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

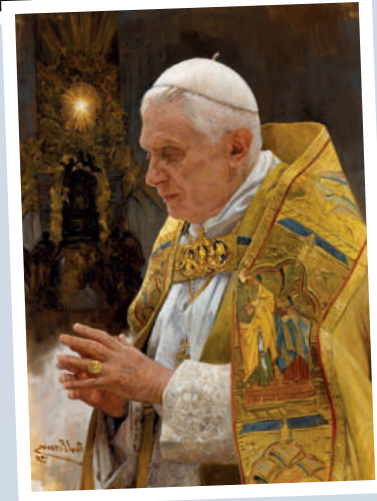
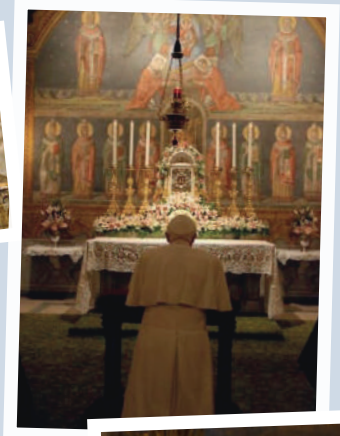
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera”.

(Lope de Vega)

Misterio de Fe



En su Exhortación Apostólica Postsinodal “Sacramentum Caritatis”, el Santo Padre Benedicto XVI nos explica cómo la Eucaristía es el misterio central de nuestra fe.

«La Eucaristía es «misterio de la fe» por excelencia: «es el compendio y la suma de nuestra fe.

La Eucaristía es un misterio de fe porque supera nuestra comprensión humana, pero podemos comprenderlo con la luz superior de la fe. Y es el compendio de nuestra fe porque en ella se encuentra Cristo mismo, que es el centro de la fe.

La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía.

La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística porque cree que Cristo está presente en el Sacramento del altar y descubre en la Eucaristía la plena manifestación de su inmenso amor. Y esta fe se alimenta en la mesa eucarística porque la Eucaristía es el Pan de vida que nutre nuestra vida espiritual y la vigoriza. Cuanto más viva sea nuestra fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, toda nuestra vida de fe en los demás misterios se fortalece.

El Sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; «gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo».

El Sacramento del altar, que celebra el misterio pascual de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, es el centro de la vida de la Iglesia porque, a través de la Eucaristía, Cristo nos comunica la vida sobrenatural que nos mereció el sacrificio de la cruz. Al comulgar, recibimos la misma vida de Cristo, como el sarmiento recibe la savia de la Vid. Si no nos alimentamos de Cristo, no tendremos vida en nosotros. Por eso la Eucaristía es el centro de la vida eclesial.

Como del misterio pascual nace la Iglesia, precisamente por eso cada vez que se celebra la Eucaristía la Iglesia renace siempre de nuevo.

Cuanto más viva es la fe eucarística en el Pueblo de Dios, tanto más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

Una fe viva en la Eucaristía implica una unión más vital con Cristo que nos impulsa a vivir su misión de llevar el Evangelio a todos los hombres. La Eucaristía es la fuerza de la Iglesia».



SEMANA SANTA,
Semana del Amor

REFLEXIÓN DE SAN MANUEL GONZÁLEZ

Semana Santa, semana del Amor y de la entrega de todo Dios por el hombre. Un creyente nunca debería cansarse de meditar y contemplar los misterios de esta Semana del amor de Dios. San Manuel González nos invita a contemplar todo lo que esta Semana puede y debe enseñarnos...

«El corazón de Jesús está andando la calle de la amargura.

“Pilato entregó a Jesús a la voluntad de ellos” (Lc. 23,25)

Semana Santa, semanas de los misterios, ¡cuántas cosas puedes enseñar!

Lo que enseña la primera Semana Santa: Yo quisiera que nos dijeras todo lo que viste de veleidad e ingratitud en las muchedumbres, de odio y de envidia en los directores del pueblo, de cobardía y de egoísmo en los amigos y favorecidos, y también de fidelidad, delicadeza y consecuencia en aquel grupito tan reducido...

Cuéntanos lo que tú viste de bondad inacabable, de paciencia sin tasa, de generosidad con excesos, de amor hasta el fin del Maestro.

Píntanos con todos sus colores la cara de Jesús en la oración y en las angustias de muerte del huerto, cuando recibe la bofetada del soldado, cuando lo tratan de loco... Sí, sí, grábanos en el alma aquella cara escupida, acardenalada... aquellos cabellos mesados, aquellos ojos hundidos por la calentura, tristes por la pena, y a pesar de todo, amantes...

Métenos muy dentro del alma la mirada de esos ojos... a Pedro que le niega, a las mujeres que le lloran, a Juan que no le abandona, a su Madre que de pie está junto a su cruz.

Entéranos bien de lo que fue la calle de la amargura, el monte Calvario y de todo lo que en esos lugares hicieron mis hermanos, los hombres, con Jesús...

La gran Semana Santa. ¡Que todavía mis hermanos, los hombres, siguen portándose mal, muy mal con Jesús... que todavía hay pueblo veleidoso y olvidadizo... y fariseos que odian y conspiran hipócritamente... y discípulos y amigos y favorecidos que Lo niegan y Lo dejan solo... Que todavía hay calle de la amargura y monte Calvario para Él!

Y lo que es más triste, que la calle de la amargura y el monte Calvario de ahora han aumentado en número y han disminuido en compañía.

Hay muchas calles de la amargura y muchos montes calvarios para Jesucristo, y en muchos de ellos, ¡en muchos!, todo es ingratitud y olvido de turbas, odio de poderosos y cobardía de amigos y nada de fidelidad, ni de lágrimas ni de compasión que acompañen como en el primer Calvario...

¡Calles de la amargura sin lágrimas compasivas de mujeres, ni encuentros ni abrazos de Madre, qué calles más amargas seréis...!

¡Calvarios sin sollozos de penitentes, sin protestas de amantes, sin agradecimientos de redimidos, que amargos calvarios seréis...!

¡Qué! ¿No es eso el Sagrario abandonado? ¿No es el mismo Jesús de la Gran Semana Santa el que está allí, bebiendo hora tras hora detrás de la puertecita el cáliz de todas las amarguras y de todos los abandonos?

¿Os habéis enterado? Para nosotros la semana de los misterios no es una semana de siete días que comienza en las palmas del domingo y termina en el resurrexit de la

madrugada del otro domingo, para nosotros empezó el jueves del Cenáculo y no terminará mientras haya quien grite entorno de los Sagraños: ¡no queremos que Éste reine sobre nosotros!

¡Ésta es nuestra gran semana!».

La Semana Santa no es un recuerdo piadoso o emotivo de la muerte de Cristo. Cada Santa Misa renueva la muerte y resurrección de Cristo. Este “invento” del amor de Cristo nos permite asistir a cada Santa Misa y también celebrar la Semana Santa como si yo hubiera estado presente el Viernes Santo en el Calvario. ¿Qué haría, que le diría a Cristo, cómo me comportaría si hubiera estado presente en el Calvario? De esa manera debo “revivir” la Semana Santa y asistir a cada Santa Misa.

Hemos de procurar ser para Jesús lo que fue la Virgen en esas horas amargas: un corazón amante que lo acompaña en el camino del dolor, que lo consuela, que sufre con Él, que se compadece de sus penas. Que llora por sus pecados que han llevado a Cristo a la muerte y no quiere ofenderle más.

Pero recordemos. No solo en Semana Santa hemos de intensificar nuestro amor y deseo de reparación. Los adoradores de Jesús Sacramentado nunca debemos olvidar nuestra misión de acompañar a Jesús místicamente crucificado por amor a los hombres en la Sagrada Eucaristía todos los días. Nuestra misión es estar al pie de cada Sagrario-Calvario adorando, acompañando y amando a Jesús, el que dio su Vida para darnos la vida eterna y reparar con nuestra presencia el olvido e indiferencia de tantos.

Hemos de procurar ser para Jesús lo que fue la Virgen en esas horas amargas: un corazón amante que lo acompaña en el camino del dolor, que lo consuela, que sufre con Él, que se compadece de sus penas. Que llora por sus pecados que han llevado a Cristo a la muerte y no quiere ofenderle más.

LA NOCHE DE *Getsemaní*

Noche de amor, pero también noche de traiciones, soledades y abandonos. El Papa Benedicto XVI nos invita a meditar en el Jueves Santo en su Homilía de 2012.

«El Jueves Santo no es solo el día de la Institución de la Santa Eucaristía, cuyo esplendor ciertamente se irradia sobre todo lo demás y, por así decir, lo atrae dentro de sí. También forma parte del Jueves Santo la noche oscura del Monte de los Olivos, hacia la cual Jesús se dirige con sus discípulos... la soledad y el abandono de Jesús que, orando, va al encuentro de la oscuridad de la muerte... la traición de Judas y el arresto de Jesús, así como también la negación de Pedro, la acusación ante el Sanedrín y la entrega a los paganos, a Pilato.

Jesús sale en la noche... una situación en la que uno no ve al otro. Es un símbolo de la incomprensión, del ofuscamiento de la verdad. Es el espacio en el que el mal –que debe esconderse ante la luz– puede prosperar.

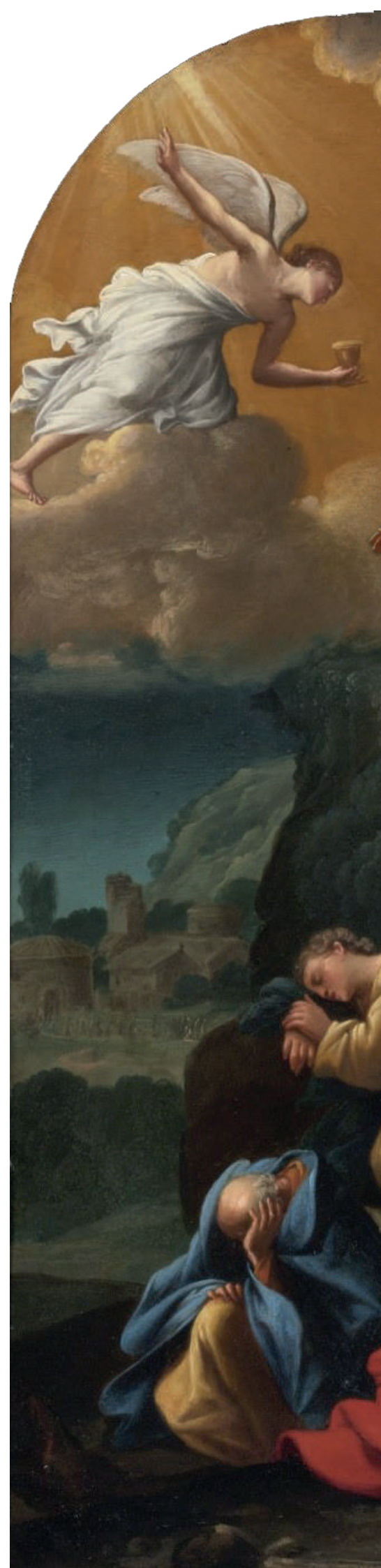
Jesús mismo es la luz y la verdad, la comunicación, la pureza y la bondad. Él entra en la noche. La noche, en definitiva, es símbolo de la muer-

te, de la pérdida definitiva de comunión y de vida. Jesús entra en la noche para superar-la e inaugurar el nuevo día de Dios en la historia de la humanidad.

Noche de oración, en la que Jesús sufre y lucha por nosotros.

Como Él hacía con frecuencia, ahora se va a orar y hablar como Hijo con el Padre. Pero, a diferencia de lo acostumbrado, quiere que estén cerca tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Son los tres que habían tenido la experiencia de su Transfiguración –la manifestación luminosa de la gloria de Dios a través de su figura humana–... Los discípulos pronto se durmieron, no obstante, escucharon algunos fragmentos de las palabras de la oración de Jesús y observaron su actitud. Ambas cosas se grabaron profundamente en sus almas, y ellos las transmitieron a los cristianos para siempre.

Jesús llama a Dios «Abbá». Y esto significa «Padre». Pero





no de la manera en que se usa habitualmente, sino como expresión del lenguaje de los niños, una palabra afectuosa... Es el lenguaje de quien es verdaderamente «niño», Hijo del Padre, de aquel que se encuentra en comunión con Dios, en la más profunda unidad con él. El evangelista Marcos... añadió aún: Todo es posible para ti, tú lo puedes todo (cf. 14,36). Él, que es la bondad, es al mismo tiempo poder; es omnipotente. El poder es bondad y la bondad es poder. Esta confianza la podemos aprender de la oración de Jesús en el Monte de los Olivos.

Mateo y Marcos dicen que «cayó rostro en tierra» (Mt 26,39; cf. Mc 14,35); asume por consiguiente la actitud de total sumisión, que ha sido conservada en la liturgia romana del Viernes Santo. Lucas, en cambio, afirma que Jesús oraba arrodillado... Los cristianos, al arrodillarse, se ponen en comunión con la oración de Jesús en el Monte de los Olivos.

En la amenaza del poder del mal, ellos, en cuanto arrodillados, están de pie ante el mundo, pero, en cuanto hijos, están de rodillas ante el Padre. Ante la gloria de Dios, los cristianos nos arrodillamos y reconocemos su divinidad, pero expresando también en este gesto nuestra confianza en que Él triunfe.

Jesús forcejea con el Padre. Combate consigo mismo. Y combate por nosotros. Experimenta la angustia ante el poder de la muerte. Esto es ante todo la turbación propia del hom-

bre, más aún, de toda creatura viviente ante la presencia de la muerte. En Jesús, sin embargo, se trata de algo más... Ve la marea sucia de toda la mentira y de toda la infamia que le sobreviene en aquel cáliz que debe beber. Es el estremecimiento del totalmente puro y santo frente a todo el caudal del mal de este mundo, que recae sobre él. Él también me ve, y también ora por mí.

Finalmente, Jesús dice: «Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí ese cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14,36). La voluntad natural del hombre Jesús retrocede asustada ante algo tan ingente. Pide que se le evite eso. Sin embargo, en cuanto Hijo, abandona esta voluntad humana en la voluntad del Padre: no yo, sino tú...

Únicamente somos libres si estamos unidos a Dios. Entonces nos hacemos verdaderamente «como Dios», no oponiéndonos a Dios, no desentendiéndonos de él o negándolo. En el forcejeo de la oración en el Monte de los Olivos, Jesús ha deshecho la falsa contradicción entre obediencia y libertad, y abierto el camino hacia la libertad.

Oremos al Señor para que nos adentre en este «sí» a la voluntad de Dios, haciéndonos verdaderamente libres».

Jueves Santo: Noche del amor, que triunfa sobre el miedo, el pecado y la muerte.

Noche que debe suscitar corazones amantes y agradecidos.

APARICIÓN DE JESÚS RESUCITADO *a su Madre*

El domingo de resurrección nos llenamos de gozo por el triunfo de nuestro Dios y Señor. No cabe duda que quien más participó de este gozo del Señor fue aquella que lo acompañó de manera más profunda e intensa en su dolor, su Madre, Santa María.

Ella, que con su fe heroica creyó en la resurrección de Cristo, cuando todos habían sucumbido, es la que más gozó con la vista del Resucitado. El P. Ildefonso Rodríguez Villar nos lo explica en esta hermosa reflexión:

«No es de fe..., ni consta en el Evangelio, pero es cierto. La naturaleza y la gracia exigen este encuentro entre Madre e Hijo. No podemos dudar de que la Virgen lo esperaba con una fe viva e inquebrantable. Los Apóstoles llegaron a dudar de la Resurrección... María esperaba, con una certeza infalible, el cumplimiento de las palabras de su Hijo. Por eso, Ella no fue al sepulcro, sabía que era inútil y que allí ya no estaba Jesús.

Piensa ahora en esta santa impaciencia que, en especial al comenzar el día tercero, invadiría el corazón de la Virgen. Los minutos se le harían eternidades, le decía su corazón de madre que su Hijo ya se aproximaba, y el corazón de una madre nunca se equivoca en cosas de sus hijos. Es necesario conocer el corazón de una madre y, sobre todo, el de aquella Madre, para hacerse cargo de su deseo e impaciencia por ver al Hijo resucitado.

Llegó el instante dichoso que no es posible imaginar. Contempla a la Virgen aún en su soledad, sumida en el océano de las tristezas.

Sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, ya no tienen lágrimas que dar. Y, de repente, una explosión de luz divina, un cuerpo gloriosísimo con vestiduras más blancas que la nieve y, sobre todo, una voz dulcísima, muy conocida, que llama y repite mil veces: ¡¡¡Madre!!! ¿Qué lengua podrá explicar estas efusiones de Hijo y de Madre en aquellos instantes? Deja a tu corazón sentir las y que se pierda y se abisma en este mar de dicha, de felicidad, de gloria verdadera. ¡Qué bueno es Jesús para los que le aman! Un poco de padecer y sufrir con Él, y luego cuánto goce y satisfacción sin fin. Compara con estos goces y alegrías, las que el mundo ofrece, y verás si merecen siquiera este nombre, las mentiras que él nos da.

También aplica ahora la regla del amor y del dolor: cual es el amor, es el dolor; y cual es el dolor, así es la alegría después. ¿Cómo sería la alegría de la Virgen si así amaba a su Hijo? Si así sufrió en su muerte, ¿qué sería verle ahora glorioso, triunfante, resucitado,

para nunca más morir? Ahora de nuevo, iría Ella recorriendo las heridas de su Cuerpo, y las adoraría con la felicidad que le produciría verlas tan gloriosas. Recórrelas también tú con Ella, y una vez más detente en aquel costado, en aquel Corazón, ¡qué horno!, ¡qué volcán de fuego! Entra muy adentro y allí abrázate, consúmeme en santo amor a Dios.

Los efectos de esta aparición fueron una alegría tan grande y tan viva que fue milagro de Dios que la Virgen no muriera sin poderlo resistir. Una alegría espiritual y divina, de la que no se saciaba el alma de María, semejante a la del Cielo, que nunca llega a cansar.

También, una compenetración más íntima y profunda, que Dios le concedió, con su divino Hijo, como premio a su fidelidad y generosidad en el sacrificio, de suerte que, sin llegar a convertirse en Dios, fuera la participación más grande que de la divinidad pudiera darse a una criatura.

Y un conocimiento aún más claro, una contemplación más sublime, de lo que era su Hijo, y de su obra grandiosa de la Redención. Sin duda, que Jesús le reveló entonces altísimos secretos, sus planes y proyectos, la fundación de su Iglesia y la parte que Ella debía tener en tal obra.

También tú te has de alegrar con este grandioso triunfo de Cristo y con este gozo de tu Madre. Felicítala y pídele que te dé alguna partecita de su felicidad, si ahora no, al menos algún día en el Cielo. Y no olvides que, según San Pablo, de la Resurrección de Cristo hemos de sacar hastío de las cosas de la tierra, que suspiremos por la otra vida, viviendo ahora despegados de ésta, y, que el espíritu de fe, la vida de fe, sobrenaturalice todos nuestros actos para darles valor sobrenatural. De este modo llegarán a constituir la gloria de nuestra corona en el Cielo».



QUE MARÍA FORTALEZCA NUESTRA FE EN LOS MOMENTOS DE SUFRIMIENTO Y PODAMOS VIVIR LA CERTEZA DE QUE TRAS EL DOLOR DE UN BREVE PADECER NOS ESPERA LA DICHA SIN FIN DE LA RESURRECCIÓN.



César Bisognin

Nació en 1955. Era un joven alegre, muy estudioso y sacrificado. Un excelente chico que rezaba mucho y tenía un tierno e intenso amor por la Santísima Virgen. Era un apasionado por el fútbol. Sin embargo, en su corazón latía un anhelo aún más fuerte: ser sacerdote.

A los dieciséis años, el 5 de octubre de 1970 entraba en el seminario de Turín para entregarse con ardor a los estudios eclesiásticos, quería ser sacerdote para celebrar los misterios de Cristo y para santificar al pueblo cristiano.

Pero un día, en 1974, sintió un leve dolor en la rodilla izquierda. ¡Ya pasará!, se dijo, pero no pasaba. El dolor fue aumentando hasta transformarse en lacerante. Y empezó a cojear. Se decidió que volviera a su casa y consultara con un médico.

El día previsto, su madre lo acompaña al médico. Éste estudia la radiografía y anota el resultado en una carta reservada para entregar al médico de familia: “Osteosarcoma en el tercio inferior del fémur izquierdo”. La enfermera, al entregar la carta, se despide de la señora, recomendándole no abrir el sobre, reservado para el doctor de cabecera. Ya en la calle, César no aguanta más, se hace entregar el sobre y lee su diagnóstico: cáncer. César

llora, pero sus ojos miran el cielo y musita una plegaria: “Padre, te ofrezco estos diecinueve años... ¡Cúmplase tu voluntad!”.

Un día, el médico le pregunta: –¿Aceptarías que se te amputara una pierna? Lo tuyo es grave y no hay otra solución.

–Bueno –contestó el joven– será un adiós al fútbol, que tanto me gusta, pero todavía podré ser sacerdote, aunque sea con una sola pierna.

–El doctor, conteniendo la emoción, le preguntó aún más: Y ¿si Dios te pidiera la vida?

–Yo se la daría a Él –contestó César–, pero... quisiera ser sacerdote.

La enfermedad lo obligó a dejar definitivamente el Seminario. Cayó en cama para ya no levantarse más. Su organismo iba cediendo inexorablemente.

César repetía frecuentemente esta sencilla y confiada oración: “*María, Madre de Jesús Sacerdote, solo quiero llegar a ser sacerdote*”. Y la Santísima Virgen, Madre de todos los sacerdotes y refugio de todos los Seminaristas, lo escuchó.

En abril de 1976, el Card. Pellegrino, que había ido a visitarlo, advirtió la gran tristeza del joven por tener que morir sin recibir la ordenación sacerdotal. El Papa Pablo VI, enterado del caso y conmovido en

El Jueves Santo es el día de la Eucaristía y del sacerdocio. Ese día, Jesús decide quedarse con nosotros para siempre, de forma real, en el Santísimo Sacramento. También nos deja su presencia en los sacerdotes, sus “Alter Christus”, sus otros Cristos, los continuadores de su misión. Por eso el Jueves Santo no debemos olvidar agradecer a Dios por ellos, por todas las gracias que recibimos de sus manos, como los Sacramentos y la misma Eucaristía, y debemos rezar a Dios por su perseverancia y su fidelidad.

Un joven que entendió el valor del sacerdocio fue César Bisognin.

extremo, mandó al cardenal de Turín que lo ordenase sacerdote antes de morir, como una gracia muy especial. El Sr. Cardenal, respondió: Santidad, solo tiene diecinueve años, tres años de estudios eclesiásticos, además... va a morir pronto... –No importa, no importa –insistió el Santo Padre– ordénelo, cuanto antes.

Y así fue como, tras recibir el lectorado, acolitado y diaconado, el 4 de abril de 1976 fue ordenado sacerdote en su propia casa ante sus emocionadísimos padres y unos pocos amigos del Seminario, que serían futuros sacerdotes.

Acostado sobre su blanca cama, revestido de alba y estola, muy débil y extenuado, César estaba radiante. Decía: *“Ya no soy yo quien vive. Es Cristo Sacerdote quien vive en mí”*. Fue como una tregua en el dolor.

En una entrevista que le hicieron ese mismo día de su ordenación, dijo: *“Mi primer acto de sacerdote ha sido dar la Comunión a mis padres como una señal de agradecimiento por haberme dado la vida. Yo les he dado la Eucaristía, que es el pan de vida, la presencia real de Cristo. En estos momentos, mi esperanza está en el buen Dios. Si me ha escogido es porque quiere que viva para los otros. Ser sacerdote es ser de Dios y Dios es de todos, luego el sacerdote es de todos”*.

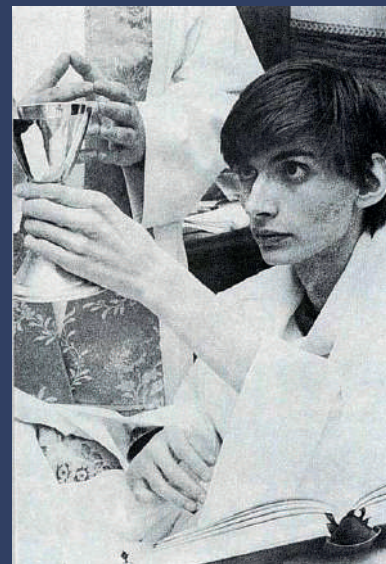
La ceremonia de su ordenación sacerdotal fue transmitida en directo por la televisión italiana. Los televidentes lloraron de dolor: no podían

convencerse que un muchacho de diecinueve años, atacado por el cáncer, pudiera sonreír y agradecer a Dios el inmenso favor de rezar su primera Santa Misa sobre el ara del dolor. Pero los más impresionados fueron los jóvenes a quienes les había impactado la vocación elegida por el enfermo. Centenares de cartas llegaron a la casa de César después de la ceremonia, muchos jóvenes se sentían admirados. Una entre tantas cartas decía: “César, esta noche, delante del televisor me he sentido realmente mezquino, comparando mis pequeños y grandes problemas de la vida cotidiana con tu vida, con tu problema, con tu modo de mostrarte auténtico. Me convenciste que para sonreír en la muerte es necesario entregarse al servicio de nuestros hermanos. Me hiciste ver que yo soy muy egoísta”.

Solo diecisiete veces pudo celebrar la Santa Misa, doce en su casa y cinco en el Hospital, extendido en su cama y ayudado por otro sacerdote.

Por fin, el 28 de abril de aquel año de 1976 murió cantando su acción de gracias a Jesús Sacerdote y a María, Madre de los Sacerdote. Sus restos mortales fueron expuestos en su parroquia. Su rostro demacrado, estaba sonriente. Un niño, en brazos de su madre, exclamó al verlo: “Mamá, si es JESÚS”.

César ahora, desde el cielo, vela por todos los sacerdotes para que vivan su sacerdocio en plenitud y por los jóvenes con vocación para que sean sus sucesores en la tierra.



San Antonio de Padua y la mula



En la vida de San Antonio de Padua se cuenta que predicaba en la ciudad Rímìni (Italia), dominada entonces por la herejía de los patarinos. Este grupo había desfigurado el dogma de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, reduciéndola a una simple cena conmemorativa. El santo franciscano se encontró allí con un auditorio hereje y obstinado, en el que la Palabra de Dios se estrellaba contra oídos cerrados.

San Antonio, en su predicación, ilustró plenamente la realidad de la presencia de Jesús en la Hostia Santa. Con paciencia, explicó al pueblo con sabiduría y devoción cómo el Señor se encuentra presente con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad

en la Eucaristía y en cada partícula de ella, de una manera misteriosa –mística– pero real, y ganó muchos corazones.

Mas los jefes de la herejía no aceptaban las razones del Santo e intentaban rebatir sus argumentos. No querían que el pueblo se abriera a la fe, ni perder los adeptos que habían ganado para su secta.

Entre ellos, se encontraba un tal Bonvillo, que era el principal seguidor y se hacía el “sabiondo”. Reacio a convertirse, retó al santo predicador, seguro de salir triunfante:

–Menos palabras. Si quieres que yo crea en ese misterio, has de hacer el siguiente milagro: Yo tengo una

mula. La tendré sin comer por tres días continuos, pasados los cuales nos presentaremos juntos ante ella: yo con el pienso y tú con tu Sacramento. Si la mula, sin cuidarse del pienso, se arrodilla y adora ese tu Pan, entonces también lo adoraré yo.

Aceptó el Santo la prueba. Quería que Dios fuera honrado en el Santísimo sacramento, que el pueblo aceptara la fe de la Iglesia Católica y que los herejes reconocieran su error y salieran de él.

Mas, como sabía que solo Dios podía obrar el milagro que se le exigía, se retiró a implorar el auxilio de Dios con oraciones, ayunos y penitencias.

El hereje, por su parte, durante tres



días privó a su mula de todo pienso.

El día acordado sacó el hombre a su animal hambriento. Al mismo tiempo, por el lado opuesto de la plaza, entraba en ella San Antonio, llevando en sus manos una Custodia con el Cuerpo de Cristo. Todo ello ante una multitud de personas ansiosas de conocer el resultado de aquel extraordinario compromiso contraído por el santo franciscano.

Se encaró entonces el Santo con el hambriento animal, y, hablando con él, le dijo:

—En nombre de aquel Señor a quien yo, aunque indigno, tengo en mis manos, te mando que vengas luego a hacer reverencia a tu Creador, para que

la malicia de los herejes se confunda y todos entiendan la verdad de este altísimo Sacramento, que los sacerdotes tratamos en el altar, y que todas las criaturas están sujetas a su Creador.

Mientras decía el Santo estas palabras, el hereje echaba cebada a la mula para que comiese.

Pero la mula, sin hacer caso de la comida, avanzó pausadamente, como si hubiese tenido uso de razón, y, doblando respetuosamente las rodillas ante el santo que mantenía levantada la Sagrada Hostia, permaneció en esta postura hasta que San Antonio le concedió licencia para que se levantara.

El pueblo contemplaba admirado y edificado la escena: un animal irra-

cional adoraba a su Creador con tal fervor, con tal piedad... Algunos ojos se llenaron de lágrimas, los corazones de los herejes se abrieron a la fe al ver semejante prodigio y de las almas de los fieles brotaron acciones de gracias y alabanza al Señor por este prodigio.

Bonvillo cumplió su promesa y se convirtió a la fe católica. Los herejes se retractaron de sus errores y San Antonio, después de dar la bendición con el Santísimo Sacramento a la multitud, en medio de una tempestad de vítores y aplausos, condujo la Sagrada Hostia procesionalmente la iglesia, donde se dieron gracias a Dios por el estupendo portento y por la conversión de tantos herejes.




«La Última Cena simboliza, significa participación, comunión, simbiosis, comunidad de vida: Dios y yo formamos desde ya una comunidad vital, una unión, una única vida».
(P. Rodrigo Molina)

Reinado de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com



nstvradio
ejercito blanco



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv